

Lectores ecuanímenes. Una educación en ciudadanía a través de narraciones y emociones

MODZELEWSKI, HELENA (2020).
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad de la República, 2021, 156 páginas.



Juan Cruz Feijóo

Universidad de Buenos Aires, Argentina

En *Lectores ecuanímenes*, libro que recibió el Premio Nacional de Literatura 2019 (Uruguay), categoría de “Ensayo de Ciencias de la Educación”, Helena Modzelewski desarrolla su propuesta de una educación cívica, centrada en las emociones políticas. Esta propuesta toma a las narraciones como instrumento para la formación de ciudadanos justos y solidarios, es decir, que explora “la posibilidad práctica de aplicación de las narraciones a un programa de educación emocional para la democracia” (2020: 13). Para este fin, la autora brinda herramientas para desarrollar una forma de lectura de narraciones que permita autoreflexionar, especialmente a los estudiantes, sobre las emociones de los personajes y de las propias. A través de estas herramientas, ellos podrían convertirse en lectores ecuanímenes. Este adjetivo es tomado de Walt Whitman quien lo utiliza, a su vez, para calificar al “juez-poeta” de su obra *Hojas de hierba*. Tal como señala Nussbaum, este poeta ecuaníme no juzga por medio de un razonamiento legal que apela a principios abstractos generales, sino que aboga por “un juicio flexible y contextualizado que es capaz de otorgar a cada objeto su justa proporción, sopesando debidamente los reclamos de una población diversa”. No mira a los otros como parte de una masa anónima, sino que presta atención a cada situación y toma en consideración los detalles de sus vidas: “todo detalle, toda historia es importante bajo la mirada del poeta cuando se entrega a una narración.”. En este mismo sentido, se espera formar un ecuaníme lector.

La obra está organizada en cinco capítulos. El primero funciona como introducción e invitación al lector. El capítulo 2 (“Bases para la dupla educación cívica-narraciones”) juega un papel central como justificación del programa de educación emocional y resume temas que la autora lleva ya años trabajando en otras publicaciones. En el tercer capítulo (“Educación emocional, narraciones y hermenéutica”), la autora reflexiona sobre las características del tipo de recepción literaria (la crítica ético-narrativa), que será el núcleo del tipo de educación emocional en

desarrollo, y los antidotos contra una educación adocrinante. El cuarto capítulo (“Claves para la selección de textos para una crítica ético-narrativa”) está destinado a una descripción de las características de los textos que contribuirían a una crítica ético-narrativa y que, al poner en conjunción estos dos pilares, el abordaje y el texto, promoverían la formación de lectores ecuanímenes. Al mismo tiempo, en este capítulo se postula uno de los objetivos que debería buscar la educación cívica propuesta: apuntar a la polifonía, es decir, a reconocer el valor y la contribución de las distintas voces y perspectivas. En el último capítulo encontramos la crónica de una experiencia de taller en una escuela de Montevideo donde la autora intentó llevar a la práctica su propuesta.

Al comenzar el segundo capítulo, Modzelewski señala que su interés radica en un tipo de educación emocional que difiere de los tipos más difundidos ya que esta tiene una finalidad política: formar buenos ciudadanos para la democracia. Además de contar con el indispensable ámbito jurídico democrático, “es igualmente necesario contar con un trasfondo de valores y creencias que articulen las motivaciones y hagan a las relaciones humanas más amables. Siguiendo a Nussbaum, sostiene que determinadas emociones tienen una relevancia política y deben estar presentes para una sociedad democrática. Es así que resulta imposible pensar en buenos ciudadanos que no sean capaces de, por ejemplo, sentir compasión por otros o indignación ante la injusticia. Sin embargo, que haya emociones políticas no significa que la educación emocional tenga que ver con una lista de emociones positivas o negativas (y que, por lo tanto, habría que incentivar unas y no otras), sino que esta educación debe apuntar a la autorreflexión sobre la emoción que experimentamos, su adecuación y sus motivos. La educación emocional que plantea la autora es una educación en emociones políticas que tiene por base la autorreflexión.

Modzelewski revisa distintas posiciones que conceptualizan las emociones y concluye que cualquiera sea



la forma en que se conciban (como cognitivas o como fisiológicas), un requisito común para educarlas es desarrollar una autorreflexión de la emoción que se está teniendo y una idea de la emoción que se quisiera tener. El motor para ejercer la autorreflexión serán las narraciones. Siguiendo a Nussbaum, propone comprender las emociones como narrativas, ya que ellas, usualmente, no tienen por trasfondo una simple creencia, sino que “también ricas y densas percepciones del objeto de nuestra emoción, recuerdos poblados de detalles narrativos que nos despiertan diversas sensaciones.” Por esto, las emociones, a diferencia de muchas de nuestras creencias, no se nos enseñan a través de afirmaciones acerca del mundo sino a través de narraciones.

La articulación entre narraciones y autorreflexión como la base de una educación emocional demanda una capacitación “hermenéutica” del docente y del estudiante (2020: 43) y una metodología para cultivar la autorreflexión. La autora adopta aquí la posición de Mathew Lipman respecto a la Filosofía para Niños, conocida como comunidad de indagación, aunque introduce algunas modificaciones, como, por ejemplo, que la forma de abordar las lecturas dentro de la comunidad de indagación sea la crítica ético-narrativa de Wayne Booth.

En la comunidad de indagación el diálogo es la primera meta, un diálogo que no sea adoctrinante. Debería ser un diálogo socrático, inspirado en la ética del discurso de Apel y Habermas, ya que la educación de alguien como ciudadano no tiene tanto que ver con una lista de contenidos a incorporar, sino con el cultivo de la práctica del diálogo en sí misma.

Una vez establecidos los fundamentos de la propuesta, el capítulo tres desarrolla el tipo de abordaje de las narraciones que tendrá lugar dentro de la comunidad de indagación: el verdadero elemento que yace en el corazón de esta metodología es la crítica ético-narrativa.

Modzelewski señala que las narraciones son un “vasto laboratorio para experiencias del pensamiento” donde podemos involucrarnos realizando un tipo de lectura que denomina crítica ético-narrativa, un abordaje tomado de Wayne Booth. Siguiendo la idea de este de una inclinación natural de las personas a hablar de las narraciones en términos éticos, la crítica ético-narrativa no busca reemplazar la crítica literaria académica, sino ser una forma de lectura. Se trata, para la autora, de un abordaje hermenéutico, donde la pregunta y la discusión crítica son el motor del desarrollo ciudadano. La ficción permite

la experimentación de distintos escenarios de una manera diferente a si estuviéramos viviendo la situación, sea como protagonistas o como observadores. Esta forma de leer pone su acento, antes que en el texto mismo, en la relación entre el lector y el relato. La lectura que propone la crítica ético-narrativa es, entonces, una instancia hermenéutica que busca propiciar una “fusión de horizontes” entre los lectores y los personajes.

Si bien cualquier relato parecería prestarse a la educación de emociones políticas, hay relatos más ricos para que la comunidad de indagación realice el proceso de autorreflexión. El capítulo cuarto busca presentar al concepto de la polifonía en las narraciones como (i) el criterio para la búsqueda de textos que promueven el respeto y la compasión, y (ii) el criterio para el manejo de una metodología para trabajar con cualquier texto, de manera que el receptor sea capaz de interpelarlo para descubrir ocultamientos y parcialidades.

Desde la propuesta de la crítica ético-narrativa, receptores y personajes entran en un diálogo del que participan como interlocutores. Siguiendo la pretensión de la ética del discurso, el receptor debe estar preparado (o debe ser preparado) para hacer una lectura ecuánime de la narración, que le permita, en caso de que los haya, desenmascarar interlocutores que están siendo silenciados o coartados en su capacidad discursiva (v.g. el caso de Shylock en *El mercader de Venecia*).

Para reconocer un texto polifónico, Modzelewski ofrece un criterio que busca seguir los lineamientos de la ética del discurso planteados por Adela Cortina. Hay que acercarse a los relatos formulando algunas preguntas para comprobar que cumplen con las características de un texto polifónico: ¿Permite el relato reconstruir las circunstancias históricas y geográficas en la que se sitúa, de manera que entendamos el sentido de las acciones de los personajes?; ¿Se conocen por medio del relato los valores, principios y actitudes que rigen a los personajes en el contexto dado?; ¿Es posible escuchar las voces de todos los personajes involucrados?. Un ejemplar arquetípico de novela polifónica es *A sangre fría*, de Truman Capote.

Sin embargo, estos casos no son mayoritarios. Por eso, la autora considera necesario tener en cuenta, también, que siempre está la posibilidad de integrar actividades y textos complementarios que generen la polifonía ausente en un texto. Para Modzelewski, un lector ecuánime debería poder realizar una lectura a contrapelo que requiere cumplir con cuatro

requisitos de Lydia Kokkola: “1) el reconocimiento de que más de un punto de vista es posible; 2) el reconocimiento de cómo se forman dichos puntos de vista y 3) de los posibles intentos de manipulación, además de 4) la capacidad de formar una opinión propia.”. Esto se compatibiliza muy bien con el cuestionamiento filosófico de la narración, planteado previamente como antídoto contra el adoctrinamiento. Por último, propone una serie de actividades que tiendan a esta polifonización de la narración (2020: 108). Este tipo de actividades, como otras sugeridas a lo largo del texto (v.g. el trabajo con preguntas filosóficas), serán ejemplificadas magistralmente en el quinto capítulo del libro donde la teoría adquiere concreción en dos comunidades de indagación que llevó

adelante Modzelewski en una escuela de nivel primario de Montevideo. Este último registra los distintos momentos de las clases del taller (la lectura de las narraciones, las actividades, la transcripción de los diálogos entre docentes y alumnos, etc).

En un texto del 2010 Nussbaum defiende una “plan ambicioso” respecto a lo que la escuela puede y debe hacer para generar ciudadanos para la democracia (v.g., desarrollar la capacidad del alumno de ver el mundo desde la perspectiva del otro; promover activamente el pensamiento crítico). Sin duda, el libro de Modzelewski viene a ofrecer una cuidadosa propuesta para que ese ambicioso plan empiece a tomar concreción y ponerse en marcha.